

---

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SANTA SINCLÉTICA.

Habiendo Dios dado á la Iglesia á santa Sinclética para hacer en favor de las vírgenes cristianas lo que san Antonio el Grande hacía para los solitarios de su tiempo, le comunicó en consecuencia los talentos necesarios para instruir las ; es decir, grandes luces sobre los deberes de su estado, el don de la palabra para inculcárselos ; lo que sostenía al mismo tiempo de una manera admirable por la fuerza de su ejemplo y por las virtudes que en ella se reconocían. Entre las vírgenes que se le dirigieron, las unas se quedaron para siempre con ella, viviendo bajo su continua vigilancia ; las otras que estaban en otras comunidades ó que hacían una vida particular, la iban á ver frecuentemente para recibir sus instrucciones, y todas le proponían sus dificultades con una confianza perfecta, y recibían con santa avidez las palabras de salud que salían de su boca, y que llenaban su corazón de una alegría secreta y de un deseo siempre más ardiente para la perfección. Un largo discurso que su historiador nos ha conservado, nos hace juzgar de otros que les dirigía con frecuencia sobre la vida espiritual. Este solo vale por muchos, pues abraza muchas materias, y no hay ninguna que no trate con tal unción, que muestra que el Espíritu de Dios hablaba por su boca.

La primera cosa que les recomendaba era la observancia de los dos grandes preceptos que comprenden toda la ley, el amor á Dios y al prójimo, como siendo el principio y el fin de todas las virtudes y de todos los discursos de piedad : « Mis amadas hijas, les decía, nosotras no ignoramos lo que

debemos hacer para salvarnos ; pero dejamos de practicarlo, y si tenemos la desgracia de perdernos será por nuestra culpa. Debemos poner por primer fundamento de nuestro edificio espiritual aquello que Dios ha ordenado por un efecto de su gracia y de su misericordia, y que vosotras sabéis que está escrito : *Amaréis al Señor de todo vuestro corazón y á vuestro prójimo como á vosotros mismos.* (Matth. 22-37-39). Esto es el principio de la ley y la plenitud de la gracia. Dios la ha encerrado en pocas palabras, pero estas tienen un sentido tan extenso que se puede decir que es inmenso ; y todo aquello que sirve á la utilidad de nuestras almas, dimana de este gran principio. Esto es lo que San Pablo nos enseña cuando dice que el fin de la ley es la caridad. (I Tim. 1-5). También cuánto los hombres, inspirados por el Espíritu Santo, nos dicen de útil procede de la caridad. Hé aquí, pues, como esta doble caridad constituye nuestra salud.

« Añadid á esto, que esta caridad nos ilustra sobre aquello que es más perfecto y nos hace aspirar á ello con un santo ardor. Pero para mejor entenderlo, acordaos de aquello que está escrito en el Evangelio sobre la parábola del sembrador y sobre las tierras que producen unas ciento, otras sesenta, ó treinta por uno. (Marci, 6-8-20). Nuestra profesión toda santa produce el ciento por uno. Las vírgenes que viven en el mundo, por otra parte con mucha virtud, son como la tierra que produce el sesenta, y las mujeres que viven en la pureza conyugal son semejantes á la tierra que produce treinta por uno. »

La santa, después de haber distinguido estos tres diferentes estados, manifestaba que no convenía descender de lo más alto á lo menos perfecto, sino que se debía hacer todo lo contrario ; porque al declinar de la perfección que uno se había propuesto, tenía motivo de temer por la pérdida de la salvación. « A la verdad, dice, es una cosa muy

loable pasar del treinta al sesenta; pero que es muy peligroso pasar del sesenta al treinta, porque una vez que uno hace algún descenso en la virtud, no se detiene fácilmente en medio, sino que es arrastrado más abajo y desgraciadamente mide toda la profundidad del precipicio. Se han visto en efecto hijas que, habiendo consagrado su virginidad á Jesucristo, se han dejado seducir de tal manera por la flaqueza de su juicio, ó más bien por el artificio del demonio, que se han presentado pretextos frívolos para dejar su profesión y engolfarse en el matrimonio, sirviéndose también, para mejor ilusionarse á sí mismas, del ejemplo de las hijas de la antigua Ley. Pero las vírgenes que tienen este propósito sepan que solo el demonio se lo inspira. Es una prueba que este nos ha ya vencido cuando consigue de nosotras que descendamos de un estado más perfecto á otro que lo sea menos; y aquellas que lo hacen son consideradas como lo es en la milicia un soldado desertor, y son condenadas por lo mismo. No tendría excusa un soldado que entrase en un cuerpo inferior á aquel que deja; bien lejos de perdonarle se le trataría como á un fugitivo. Vayamos, pues, por el progreso de lo menos á lo más perfecto; esto es lo que el gran Apóstol nos enseña con estas palabras: *Olvidaos de aquello que queda detrás de vosotros y esforzaos en progresar.* (Philip. 3-13). Pero no penséis que aquellas, que por el progreso que han hecho en la perfección son semejantes á las tierras que producen ciento por uno, no penséis, digo, que estén dispensadas de trabajar también. Jesucristo ha dicho: « Cuando habréis hecho todas estas cosas, decíos á vosotros mismos: No somos más que siervos inútiles. »

Después de estos consejos generales, la Santa entra en el detalle de los deberes particulares de las vírgenes, lo que dice que siempre emana de aquellos principios. Les recomienda con mucho encarecimiento la pureza del corazón y de

los sentidos, como conviniendo á la santidad de su estado, pues están principalmente consagradas al celestial esposo. « La excelencia de nuestra profesión, les decía, nos obliga á una pureza perfecta. Nosotras no debemos ser como las mujeres del siglo, que se contentan con ser fieles á sus maridos, dando por otra parte á sus sentidos mucha libertad, ya por las miradas indecorosas, ya por las risas inmoderadas. A nosotras no nos basta evitar estos defectos, sino que debemos sobresalir en las virtudes contrarias. Guardemos nuestros ojos por una santa modestia, según estas palabras del Sabio: *Que vuestros ojos no vean más que lo honesto.* (Prov. 4-25). Seamos circunspectas en nuestras palabras; pues ¿ como haríamos servir para las palabras disolutas una lengua que sólo debe servir para cantar las alabanzas de Dios ?

« Pero no podremos practicar bien estas cosas, mientras que no salgamos más que raras veces; pues los enemigos de nuestra alma, como astutos ladrones, entran bien pronto en ella y á pesar nuestro, por los sentidos, cuando menos pensamos en ello. O si nó, ved si una casa delante de la cual se haya hecho una grande humareda, no quedará presto llena de humo si las puertas y las ventañas están abiertas. Lo más seguro, pues, para nosotras es exhibirnos lo menos posible, porque estamos expuestas en encontrar en nuestras manifestaciones objetos peligrosos, ó de oír palabras que no pueden hacer más que turbar nuestro espíritu por imágenes odiosas. »

Tales eran las recomendaciones de la Santa al exhortar á sus hijas á que guardaran el silencio; también añadía las reglas de conducta en este retiro, y después de haberlas armado contra los lazos del mundo, les enseña á guardarse de aquellos que están ocultos dentro de nuestro propio fondo, ó que el demonio nos tiende dentro de nosotros mismos.

« Poco hemos hecho, les decía, encerrándonos dentro de nuestra casa ó en nuestro monasterio. Aunque separadas del mundo tenemos aun necesidad de velar sobre nosotras mismas ; pues cuanto mas hayamos reducido nuestros sentidos á las reglas de la templanza, tanto mas debemos guardarnos de los lazos que el demonio nos tiende en nuestra imaginación. Dios lo permite así para hacernos merecer por las victorias que reportamos sobre aquel ; lo mismo que á un atleta que se ha distinguido en la carrera se le oponen adversarios más fuertes que aquellos que ya ha combatido. Uno ha domado el vicio no entregándose á las acciones malas, y de este primer grado pasa al segundo, que es la guarda de los sentidos ; aquí no conviene detenerse, es necesario subir más arriba y luchar contra los pensamientos ; pues el demonio que nos ataca en los otros grados, está aun pertrechado en este y viene á turbar nuestra soledad por los pensamientos que nos sugiere después que le hemos quitado los otros medios de tentarnos cerrándole la puerta de los sentidos. Aquí, pues, aún es necesario combatir según estas palabras del Sabio : *Si se os presenta un enemigo espiritual y poderoso, de ninguna manera le cedáis la plaza.* (Eccle. 10-4).

La Santa también añadía un consejo de los más importantes y que reclama una atención especial. No es bastante haber recomendado la fuga del mundo, la guarda de los sentidos, la vigilancia sobre los pensamientos y los movimientos del corazón ; ella las arma también contra una especie de tentación tanto más peligrosa, cuanto que se presenta disfrazada con pretextos de piedad. « Ha habido, dice, solitarios que, después de haber triunfado del demonio rechazando las tentaciones de todas especies, han sido vencidos por él exponiéndose á las ocasiones bajo pretexto de piedad. Han huido el pecado que se presentaba de frente, por decirlo así, y después han caído en él engolfándose á

los discursos espirituales demasiado frecuentes con las personas piadosas ; cogiéndoles el enemigo en sus redes como se cogen los pájaros con un grano de trigo que se les pone en un garlito. *Tened, pues, la prudencia de las serpientes y la simplicidad de la paloma.* (Matth. 10-36). La prudencia de la serpiente en evitar los lazos que el demonio nos tiende, y la simplicidad de la paloma en la pureza de nuestros afectos en todas nuestras acciones ; y conociendo las astucias de nuestro enemigo, estemos de continuo en guardia contra sus artificios. Si me preguntáis cuales son las armas que debemos emplear en este santo combate, yo os respondo que son los ejercicios laboriosos de la vida espiritual y la oración hecha con fervor y pureza de corazón. Servios también de un preservativo más particular, que es que al presentaros el demonio en vuestro espíritu objetos mundanos, vosotras se los podéis representar para que los considere totalmente diferentes de lo que desea ; por ejemplo un hermoso rostro, como sino tuviera ni ojos, ni boca, lo que le haría disforme y horrible de ver ; un hermoso cuerpo como si estuviera cubierto de úlceras, ó en fin como si fuera cadáver cubierto de podredumbre y de gusanos. »

Después que la Santa les hubo explicado todas estas verdades edificantes, una de las vírgenes que la escuchaban le rogó les dijera si la pobreza voluntaria, ó la renuncia á los bienes del mundo era una obra perfecta. « Sin duda, respondió, que lo es, con tal que se tenga bastante fuerza de espíritu para perseverar en ella ; pues las que tienen la generosidad de hacerla á la verdad que sufren alguna pena en el cuerpo, pero su espíritu goza una dulce tranquilidad. En ellas sucede como en esos vestidos de paño que se blanquean á fuerza de macerarlos ; con esto aparecen mas hermosos. Así estas valerosas almas se fortifican más por la pobreza voluntaria. Otro sucede en aquellas que no tienen la misma fuerza de espíritu. Como los vestidos usados no

pueden ser macerados sin que se rompan y muchas veces salen del batanero por piezas y fragmentos, así estas almas débiles no pueden sostener la pena que acompaña á la pobreza voluntaria, y abandonan fácilmente su resolución.

Es necesario prepararse á la práctica de la pobreza evangélica, si uno quiere permanecer constante en ella, y prepararse en efecto por los ejercicios de la mortificación y de la penitencia, por el ayuno, por la dureza de la cama y por otras prácticas laboriosas. Si se toma de otro modo y se empieza de momento por la renuncia á los bienes que una tiene, corre peligro de arrepentirse de haberlos dejado, mientras que aquellas que se han dispuesto á ello por las otras virtudes, perseveran maravillosamente.

« Ah! cómo se sostendrían ellas? Son las riquezas las que facilitan los medios de vivir en las delicias. Cuando pues, abrazando los ejercicios de la penitencia, se ha renunciado á todas las delicias, las riquezas ya no nos tientan, y una ya no siente haberlas abandonado. Hé aquí por que Nuestro Señor hablando á aquel joven rico (Matth. 19-16), no le propuso de momento el renunciar á sus riquezas; sino que primeramente le preguntó si había observado fielmente lo que estaba prescrito por la ley. Se portó con él como un maestro de escuela se porta con sus discipulos, que les pregunta si conocen letras, enseguida si saben silabear, y en fin si saben leer. Despues de todo esto, llegamos, les dice, á aquello que es más perfecto: *Id*, dice el Salvador á ese jóven, *vended cuanto tenéis, dadlo á los pobres, venid y seguidme*.

« La pobreza voluntaria es, pues, útil á aquellas que ya están habituadas en las virtudes, y que habiéndose despojado de todo para no tener más que solo á Dios, cantan con un corazón desapegado este divino cántico de David: *Nuestros ojos se han vuelto hacia vos, ó Señor, con una firme*

*confianza: vos dais á aquellos que os aman el alimento que necesitan* (Psal. 144-15).

« Mas ¿que ventajas estas almas no reportan de su despojamiento? En cuanto están desgajadas de los bienes de este mundo, en tanto elevan sus afecciones hacia los bienes del cielo. Ellas están cimentadas sobre el sólido fundamento de una fé viva y de una entera confianza al cuidado de la Providencia; y á ellas principalmente se dirigen estas palabras del Salvador del mundo: *No seais solícitos para el día siguiente*; y también aquello que añade: *Los pájaros del cielo no siembran ni siegan, y vuestro Padre celestial cuida de nutrirlos* (Matth. 6-26-34). »

La Santa demuestra enseguida la paz que gozan los pobres voluntarios, las ventajas que por esto reportan contra el demonio, y las que tienen más que los ambiciosos del mundo. « Estas almas generosas, dice, temen muy poco á este enemigo. Lo vencen con tanta mayor facilidad, cuanto que les restan menos medios de turbar su tranquilidad; pues es ordinariamente por los deseos ó la posesión de los bienes por lo que perturba la de las gentes del mundo. En efecto, ¿que los enorgullecerá? sus tierras? No tienen; ¿sus granos? No recogen; ¿sus parientes? Los han dejado. ¿Hay, pues, un motivo mayor de desesperación para su enemigo y un mayor tesoro para ellas que esta pobreza voluntaria?

« Comprenderéis aun mejor sus ventajas por las calamidades de que ellas son libradas, y que consumen á los ambiciosos del mundo. El santo Apóstol ha dicho con razón que la avidez de las riquezas era la raíz de todos los males; y en efecto, de este funesto deseo vienen los perjurios, los hurtos, las rapiñas, las impurezas, las envidias, las muertes, el odio mismo entre los hermanos, las guerras y otros tantos males. Añadid los medios inícuos que se emplean muchas veces para adquirir estas riquezas, como son el fraude y esas malvadas producciones de la hipocresía,

la baja adulación, la falacia, y otros tantos pecados.

« Esto no basta manifestaros su deformidad. Dios por fin confunde con el castigo á aquellos que se hacen culpables de estos vicios ; y no sólo Dios los confunde, sino que ellos mismos se consumen por la insaciabilidad de sus deseos criminales y por las úlceras incurables que producen en sus almas. Aquellos que nada tienen, al principio desean poca cosa ; pero si consiguen lo poco que desearon, su avidez crece á proporción : Entonces desean mucho ; y tal ha adquirido cien piezas de oro, que ya aspira á tener mil ; y si por fin las consigue, tampoco su ambición se satura no reconociendo jamás límites. « Ah ! que dichosas seríamos, si nosotras tuviéramos tanto afán para adquirir los bienes espirituales que son los únicos sólidos y verdaderos, como lo tienen esas gentes para adquirir frívolos bienes ! Ellos sobre la mar se exponen á la violencia de los vientos ; sufren rudas tempestades ; hacen funestos naufragios ; se ponen en peligro de ser cogidos por los piratas, y sobre la tierra caen en manos de los ladrones. En fin, todo lo sufren, y si consiguen adquirir los bienes que buscan con tanto trabajo, fingien ser pobres por temor de excitar la codicia de los otros. Nosotras, sin embargo, que podemos hacer un lucro más seguro y más sólido, no tenemos el valor para soportar al efecto la menor pena, y para correr como ellos el menor peligro. Y lo que es aún peor, es que si adquirimos alguna virtud, concebimos por ello sentimientos de vanidad, y queremos ser tenidas por buenas hasta el punto de añadir á la verdad la exageración del bien que hacemos para ser por ello aplaudidas, perdiendo así el mérito del bien que hemos hecho, y dejándonoslo robar por el demonio de la vanidad. »

De este consejo sobre la vanidad la Santa toma ocasión para recomendar de nuevo á sus hijas espirituales la vigilancia sobre sus pensamientos, la humildad y la resistencia

á los movimientos de la cólera, el recuerdo de las injurias y de todo aquello que hiere la susceptibilidad de nuestro amor propio. Todas las instrucciones que les dá sobre esto merecen una atención particular. » Mirad, dice, como las gentes del mundo, después de haber hecho grandes lucros, se esfuerzan en enriquecerse más ; no contando para nada aquello que ya tienen, no sueñan más que en adquirir lo que les falta ; y nosotras, al contrario, no teniendo nada de lo que debemos tener, no solo no trabajamos para adquirirlo, más aun, á pesar de nuestra pobreza espiritual, queremos pasar por ricos. Si hacemos algún progreso en la virtud, procuremos mas bien ocultarlo ; ó si tenemos la debilidad de hablar del bien que hemos hecho, digamos al menos también lo que hemos hecho de mal. Y si la vergüenza nos lo impide, ¿ con que mayor razón debemos callar aquello que no sabríamos declarar sin desagradar á Dios ? Las personas verdaderamente espirituales están muy lejos de tal proceder ; al contrario, siempre están prontas á hacer la humilde confesión de sus faltas ; mas bien las exageran que las disminuyen, despreciando la estima de las criaturas y no hablando jamás del bien que han hecho para poner á su alma en seguridad ; pues á la manera que un tesoro es bien pronto robado cuando es descubierto, así la virtud se debilita á medida que se hace pública. El alma se relaja y pierde su vigor, como la cera se derrite al ponerla cerca del fuego ; y para no salir de esta última comparación, ¿ no es verdad que el calor hace derretir la cera y que el frío la endurece ? Pues del mismo modo las alabanzas debilitan el vigor del alma, y la humillación, por el contrario, la ayuda á perfeccionarse más.

« Por lo demás, hay dos clases de tristeza, la una buena y la otra perjudicial. Aquella nos hace gemir sobre nuestras faltas, ó sobre las senfermedades espirituales de nuestro prójimo, y nos lleva á permanecer firmes en nuestras buenas

resoluciones y á aspirar á la más alta perfección. La otra, al revés, nos es inspirada por el maligno espíritu; y está fundada sobre quimeras. Algunos le dan el nombre de pereza ó de languidez espiritual, porque abate el corazón y se la combate con la oración y el canto de los himnos y de los cánticos.

« Mientras que nosotras estamos ocupadas con una santa solicitud en nuestra profesión, no penséis que las gentes del mundo no tengan ninguna. Está escrito: *Todas las cabezas están en el trabajo, y todos los corazones están en la tristeza.* (Isai. 1-5). Y el Espíritu Santo nos hace entender por estas palabras, la diferencia que hay entre los cuidados que tenemos nosotras y los de las personas del siglo. El trabajo de la cabeza representa el que se ejerce en la vida monástica; pues sólo trabajando mucho se adquieren las virtudes religiosas. Y la angustia del corazón representa la condición de las gentes del mundo, cuyos cuidados son afflictivos y en extremo penosos; pues los ambiciosos son oprimidos por la tristeza cuando no son elevados como desean; los envidiosos se consumen de despecho; aquellos que pierden sus bienes se irritan contra sus pérdidas; los que llegan á ser ricos deliran por su opulencia, y el cuidado de conservar lo que poseen les hace perder el sueño.

« No creamos, pues, que las mujeres del mundo tengan menos cuidados á sostener que nosotras. Los tienen más grandes y más penosos. Ellas ponen sus hijos en el mundo con dolor y á veces con peligro de la vida. Ellas los nutren con pena. Si están enfermos, participan de sus enfermedades por el disgusto que estas les causan. Ah! que penas no les cuesta el darles alguna educación? El mal natural que tienen algunas veces les causa las más mortales inquietudes, y ha habido padres que han muerto por los disgustos que sus hijos les causaron. No os dejéis, pues, seducir por el enemigo de la salud, que prodría representaros á estas

mujeres del mundo como llevando una vida llena de delicias y sin ninguna inquietud: Es todo lo contrario; y yo he querido entrar en este detalle para preveniros contra este artificio del maligno espíritu.

« Lo que os acabo de decir no conviene á todo el mundo, sino á nosotras particularmente que hemos abrazado la vida religiosa. Podéis comprender la excelencia de nuestro estado por la diferencia que se halla entre los animales, de los cuales unos marchan sobre la tierra, los otros nadan sobre las aguas y otros vuelan en los aires. Así entre los hombres hay que tienen un lugar medio como los animales terrestres, otros se levantan á lo alto cómo los pájaros, y otros están sumergidos en las aguas del crimen como los peces. En cuanto á nosotras, somos como las águilas que se levantan hasta la más alta región de los aires; pisamos con nuestros piés al león y al dragón; subyugamos á aquel que en otro tiempo nos había reducido en servidumbre. Elevémonos de este modo á la más alta perfección, y para esto consagrémonos sin reserva á nuestro Salvador. Pero no olvidéis aquello que os he dicho que cuanto más querréis tender á la perfección, tanto mas debéis contar con que el demonio se esforzará para impedirlo con sus asechanzas. Armaos contra él con todas vuestras fuerzas. Velad por fuera y por dentro de vosotras. Nuestra alma es en esta vida como una nave sobre la mar. Por fuera es batida por las ondados de una tempestad; pero algunas veces en una gran calma el agua también se mete en la sentina y la puede sumergir. Cuando los marineros se hallan agitados por el oleaje, piden auxilio, y muchas veces se les salva; pero el agua que entra insensiblemente en el navío puede muy bien perderlos sin que se aperciban de ello, sobre todo si en vez de velar, están durmiendo.

« Todo esto nos enseña cuanto importa que velemos sobre nuestros pensamientos; pues queriendo el enemigo